

## REFLEXIONES TEÓRICAS

Acupuntura ecológica: genealogía de un híbrido  
Ana María Durán

---

## ESTUDIOS URBANOS

Planificación, ideología y urbanismo  
Jhon Montoya

---

## REPORTAJE FOTOGRÁFICO

La ciudad en movimiento: la gente y sus espacios  
Francisco Jarrín

# cuestiones **URBANAS**



Instituto  
de la Ciudad | **QUITO**



cuestiones  
**URBANAS**

Instituto de la Ciudad | Quito, Ecuador  
Vol. 3 | N.º 1 | 2015 | ISSN: 1390-9142

Instituto  
de la Ciudad | **QUITO**

Cuestiones Urbanas  
Volumen 3 | N.º 1 | 2015

Mauricio Rodas Espinel  
Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito

**Director**

Julio Echeverría

**Consejo editorial**

Rosemarie Terán Najas – Historiadora y docente de la Universidad Andina Simón Bolívar

Francisco Rhon – Director del Centro Andino de Acción Popular (CAAP)

Jorge Albán – Concejal del Distrito Metropolitano de Quito

Ana María Durán – Arquitecta y docente de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Julio Echeverría – Director del Instituto de la Ciudad

**Comité editorial**

Julio Echeverría

Cecilia Miranda

Raúl Moscoso

María Rosa Muñoz

**Diseño**

Ánima

**Edición**

Esteban Crespo

**Fotografías de portada**

Plaza de San Blas, de Francisco Jarrín

Masdar City, de LAVA (Laboratory for Visionary Architecture)

Washington Grasslands, de Iwan Baan

**Impresión**

V&M Gráficas

© Instituto de la Ciudad

García Moreno N2-57 y Sucre

Tel.: (593-2) 3952300 ext. 16001

[www.institutodelaciudad.com.ec](http://www.institutodelaciudad.com.ec)

**ISSN:** 1390-9142

**Información y envío de artículos:**

[institutodelaciudad@gmail.com](mailto:institutodelaciudad@gmail.com)

[revista@institutodelaciudad.com.ec](mailto:revista@institutodelaciudad.com.ec)

El Instituto de la Ciudad es una corporación social sin fines de lucro dedicada al análisis aplicado de los procesos urbanos contemporáneos. Su labor busca apoyar a la formulación de decisiones de política pública en el Distrito Metropolitano de Quito. La operación del Instituto está abierta a la diversidad de visiones que provengan de la sociedad y pone a disposición de las instituciones municipales su capacidad de elaboración y reflexión.

Las opiniones, interpretaciones y conclusiones expresadas por los autores de los artículos no necesariamente representan la visión del Instituto de la Ciudad y su directorio.

Se autoriza citar o reproducir el contenido de esta publicación con las referencias adecuadas y completas.

Quito, 2015

# ÍNDICE

Editorial .....	6
-----------------	---

## REFLEXIONES TEÓRICAS

Acupuntura ecológica: genealogía de un híbrido <i>Ana María Durán</i> .....	11
--------------------------------------------------------------------------------	----

## ESTUDIOS URBANOS

Planificación, ideología y urbanismo. El urbanismo bogotano en el siglo xx, entre liberalismo y socialismo <i>Jhon Montoya</i> .....	47
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

Origen estructural de la segregación espacial en Quito: una hipótesis <i>Fabián Regalado</i> .....	73
-------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

Quito: materialidad y ficción de una ciudad segregada. Un balance de la bibliografía disponible <i>Alfredo Santillán</i> .....	93
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

Vinculación al mundo del trabajo en un barrio popular de la ciudad de Quito: el caso de Buenaventura de Chillogallo <i>Raúl Moscoso</i> .....	117
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

La rehabilitación de la avenida 24 de Mayo y la fórmula «regeneración + patrimonio» en la reinención del Centro Histórico de Quito <i>Juan Fernando Ortega</i> .....	151
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

## RESEÑAS

<i>El Inca barroco. Política y estética en la Real Audiencia de Quito, 1630-1680.</i> De Carlos Espinosa Fernández de Córdova <i>Juan Ponce Jarrín</i> .....	185
--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

<i>The Handbook of Evolutionary Economic Geography.</i> De Ron Boschma y Ron Martin <i>Roberta Curiazi</i> .....	187
------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

## REPORTAJE FOTOGRÁFICO

La ciudad en movimiento: la gente y sus espacios <i>Francisco Jarrín</i> .....	191
-----------------------------------------------------------------------------------	-----

# Quito: materialidad y ficción de una ciudad segregada. Un balance de la bibliografía disponible (\*)

Alfredo Santillán (\*\*)

(\*) Agradezco el trabajo de Luz Estrello y Xóchitl Morales en la revisión bibliográfica efectuada para este artículo.

(\*\*) Profesor-Investigador de la FLACSO-Ecuador.

## Resumen

Existe una cierta producción bibliográfica dedicada al estudio de la formación de Quito como una ciudad caracterizada por un orden espacial segregado. El conocimiento producido se centra en el proceso histórico de ubicación de grupos sociales en diversas zonas de la ciudad desde inicios del siglo xx. Sin embargo, el estudio de la segregación se debilitó considerablemente a partir de los años noventa, precisamente cuando la dinámica de la ciudad adquirió una lógica metropolitana. Los estudios incluidos en este artículo recogen aportes significativos en el tema de la segregación, tanto en términos físico-materiales como simbólico-culturales, con el fin de visualizar una agenda de investigación contemporánea que integre múltiples dimensiones en la producción social de las fronteras *intraurbanas*.

## Palabras clave

*imaginarios urbanos, grupos sociales, orden urbano, Quito, segregación socioespacial*

**Abstract**

There is a certain amount of books regarding the study of the formation of Quito as a city characterized by a segregated spatial order. These volumes are focused on the historical process of placement of certain social groups in different zones of the city since the beginning of the 20<sup>th</sup> century. In spite of this historical basis, the study about segregation has weakened since the 90s, precisely in the moment when the city became a metropolitan district. The studies recollected in this article gather significant contributions to the topic of segregation, in the physic and material and also symbolic and cultural terms. This synthesis will be helpful in order to visualize an agenda of contemporary investigations which integrates multiple dimensions in the social creation of intraurban borders.

**Keywords**

*urban renewal, cultural patrimony, urban popular cultures, social segregation, gentrification*

## Introducción

Este artículo muestra de manera condensada el largo proceso formativo de la división que opone el norte con el sur de Quito, y lo hace a partir de las principales fuentes secundarias disponibles. Esta revisión se llevó a cabo dentro de un proyecto de investigación más amplio, orientado al estudio del componente imaginario de la construcción actual y, como tal, responde a un perfil teórico que busca poner en diálogo los estudios que abordan el componente estructural-material de la segregación con los estudios que abordan el componente cultural-simbólico de las fronteras *intraurbanas*. Este enfoque se adscribe a las corrientes de teoría urbana que abogan por entender la dialéctica entre orden material y orden simbólico, como propuesta para comprender la relación entre los procesos de producción del espacio en el plano objetivo y los procesos de dotación de sentido, atravesados por los procesos intersubjetivos de comunicación y representación de la ciudad (Lindón, 2012; Peña, 2011).

En consecuencia con este enfoque, antes que una exposición clasificatoria de los estudios referentes a la segregación en Quito, la revisión bibliográfica presentada aquí intenta reconstruir justamente el proceso histórico de conformación de un orden segregado en la ciudad, en el que se retroalimentan de manera dialéctica las principales transformaciones espaciales, en distintos momentos históricos, con los procesos culturales que constituyen el campo semántico a partir del cual se significan las diferencias sociales como diferencias espaciales. La bibliografía consultada corresponde a un periodo de 30 años, desde 1980 —década a partir de la cual se constituye un cierto campo académico respecto a la comprensión de la ciudad— y se establece como fecha de corte el año 2010. Sin embargo, el tema de la segregación en Quito se reconstruye por esta bibliografía en un periodo muy amplio, desde inicios del s. xx, por lo que la presentación en este artículo requiere un recuento selectivo y condensado que permita presentar de manera coherente los debates y las interconexiones entre las obras revisadas.

Como panorama general se puede plantear que la historia de la ciudad de Quito ha sido reconstruida desde varios campos disciplinarios. En tal panorama se podrían perfilar tres lógicas analíticas: 1) los estudios descriptivos que dan cuenta de todo el proceso de crecimiento de la ciudad: las transformaciones en su estructura física, la evolución de sus equipamientos y la dotación de servicios, entre otros temas relevantes; 2) los estudios vinculados al pensamiento crítico marxista, que se caracterizan por presentar una economía política del «proceso urbano» de la ciudad, concretamente la relación entre el crecimiento de la urbe y el modo de acumulación capitalista, que es la base tanto para las crisis cuanto para sus aparentes soluciones (propuestas en cada etapa), y 3) los estudios sobre la vida urbana, las relaciones entre los distintos grupos y clases sociales, en donde la evolución de la ciudad aparece como resultado precisamente de las tensiones entre los grupos sociales, y enfatiza así el rol de los elementos culturales que entran en juego en la disputa por el territorio, como referente material de pertenecer (o no) a la ciudad. En el presente artículo, la presentación de esta variedad de trabajos no busca ser exhaustiva en mostrar sus principales aportes, sino que busca extraer de ellos insumos que permitan dar cuenta de la conformación de una ciudad segregada, tanto en el plano material cuanto en el plano simbólico.

Desde una perspectiva *macro* del desarrollo de la ciudad, la categorización más exhaustiva sobre el «proceso urbano» de Quito en su totalidad es la propuesta por Fernando Carrión. Sus aportes abarcan una gran cantidad de estudios, desde los años ochenta hasta la actualidad. Sobre la base de información relativa a población, área y densidad de la ciudad, Carrión propone tres periodos de transformación urbana desde el s. xx: el primero se extiende desde inicios de siglo hasta los años veinte, y es denominado «etapa longitudinal»; además, sucede a la ciudad decimonónica definida como «radial-concéntrica». El segundo periodo se extiende desde los años veinte hasta los años sesenta, y es denominado «etapa longitudinal-policéntrica», y, finalmente, el tercero va desde mediados de los años sesenta hasta finales de los noventa, y se denomina «etapa metropolitana» (Carrión, 1987; 2012). Esta periodización se basa

en ubicar los momentos de «crisis urbana» que originan la posterior etapa como fórmula de respuesta a dichas crisis, y que tienen una característica común: la cuadruplicación de la extensión de la ciudad. En palabras del autor:

En general, estos periodos se caracterizan por agudos procesos de transformación que, por lo pronto, pueden ser comparables por el comportamiento expansivo que tienen la tierra y el suelo urbanos, en magnitud e importancia [...]. En efecto, entre 1904 y 1922, es decir en 18 años, se cuadruplica la superficie de la ciudad; fenómeno parecido al que vuelve a repetirse entre 1958 y 1970 y entre 1974 y 1980 (Carrión, 1987: 34).

Los hitos establecidos por el autor se refieren a «momentos críticos» de la ciudad, básicamente establecidos por un aumento radical de las variables *población* o *área* en algún momento histórico específico. Siguiendo la importancia que el autor le da a la organización de la ciudad mediante el establecimiento de un «área central», que justamente concentra las funciones y los servicios urbanos, tenemos que, cuando se agotó el lento crecimiento que seguía la ciudad desde su fundación española en 1534 y hasta finales del s. xix, en la etapa denominada «radial-concéntrica», la ciudad siguió por razones topográficas el eje alargado hacia el sur y hacia el norte —justamente en su etapa «longitudinal»—, pero mantuvo el casco colonial (a partir de ese momento, llamado *Centro Histórico*) como la única centralidad en la ciudad.

El agotamiento de esta etapa implicó la constitución, desde la mitad del s. xx, de una segunda centralidad hacia el norte, llamada «La Mariscal», con lo que se inauguró la «etapa longitudinal-policéntrica», pues desde entonces la ciudad funcionó a partir de los dos centros: el histórico y el moderno. Desde los años setenta estas dos centralidades se consolidaron. Hasta se podría decir que se juntaron para formar un centro unificado de la ciudad, frente al crecimiento de las periferias, tanto al norte y al sur cuanto hacia los valles colindantes, y se constituyó la etapa definida como «metropolitana» y caracterizada por un crecimiento «irregular-disperso».

Un primer fenómeno particular que emerge de la periodización de Carrión es la desproporción

entre el crecimiento poblacional y la expansión del área urbana, lo que permite problematizar las razones de la dimensión que ha tomado la ciudad en cada etapa. En términos muy generales, mientras la población se duplica, el área de la ciudad cuadruplica su extensión. Si se piensa la relación entre población y área en términos cualitativos, es posible adentrarse en el entramado de fuerzas materiales y simbólicas que determinan las lógicas de ocupación del espacio urbano, y por tanto se puede visibilizar que la disputa por establecer quiénes ocupan qué áreas en la ciudad es una constante histórica, y resulta básica para entender la conformación segregada de la ciudad.

Un segundo fenómeno que se puede constatar es que, unificando los periodos de la etapa «longitudinal» con la «longitudinal-policéntrica», tenemos que en el s. xx, durante casi 70 años (desde 1904 hasta 1970), la ciudad se organizó en torno a la separación entre sur, centro y norte. Esto sin duda constituye un pilar básico para la vigencia en la actualidad de la representación que opone al norte con el sur, más allá de las condiciones materiales que permitan hablar objetivamente de una ciudad segregada. Así, los estereotipos que se mantienen sobre el norte y el sur están relacionados directamente con la memoria de la ciudad, pues la información que se transmite entre generaciones reconstruye permanentemente el pasado y constituye un marco de referencia sustancial para la imaginación en el presente.

Esta reflexión sobre la memoria de la ciudad recoge las preocupaciones de varios autores dedicados a la «memoria urbana» y resulta complementaria con las reflexiones anteriores sobre la economía política detrás de la expansión de Quito, pues estos cambios no solo implican la expansión de la mancha urbana, sino que han puesto en juego la disputa por la legitimidad de pertenecer a la ciudad. Al respecto cabe mencionar una reflexión muy sugerente de Hernán Ibarra sobre el papel de la memoria en la construcción nostálgica de Quito como relato recurrente:

Cada cierto tiempo, surge la idea de que se está terminando la ciudad que hubo antaño. Así, en los años 40, se añora el Quito de los primeros carros y el tranvía. En los años sesenta, se lamenta el Quito que ya no existe. En los ochenta, se recuerda



nostálgicamente la época de los cincuenta. Se puede decir que cada generación que ejerció el recuerdo ha vuelto los ojos veinte o treinta años atrás como una época mejor (Ibarra, 1998: 36).

En concordancia con esta mirada analítica, se presenta a continuación la información más relevante de la selección bibliográfica consultada. Como se dijo arriba, el objetivo no es un recuento cronológico de la evolución de la segregación en Quito; tampoco se intenta una taxonomía diferente a las que ya existen. Lo que se quiere es más bien describir el proceso siguiendo la lógica de mirar la dialéctica entre el orden material y el orden simbólico que constituyen la ciudad. Con este fin es posible plantear que la construcción de la división entre el norte y el sur de Quito se puede clasificar en dos momentos. El primero es un momento en el que coinciden la segregación física con la construcción simbólica que la representa, es decir que se puede hablar propiamente de una *ciudad dual*, tanto en su morfología como en su representación. Luego está el segundo momento, en el cual dicha representación se «independiza» de la base material que le daba soporte, pues la estructura de la ciudad se transforma y la segregación ya no se ajusta al modelo binario. Sin embargo, la representación mantiene viva la imagen de dos ciudades contrapuestas, mediadas por el Centro Histórico como eje de cohesión social de la ciudad.

La convergencia entre la estructuración física de la ciudad y su representación persistió hasta la década de 1970. A partir de ese momento la representación como ciudad dual se sostuvo más en un componente imaginario que en el componente material de la segregación urbana. Sin embargo, sería erróneo pensar que la fabulación deja de tener por completo referentes empíricos sobre la desigualdad entre ambas zonas. Así, desde los años ochenta, la creencia en una «ciudad dual» se fortaleció y adquirió vida propia, hasta el punto de convertirse en un estereotipo que resulta creíble para quienes habitan la ciudad, a pesar de que las divisiones *intraurbanas* se complejizaran ampliamente y contradijeran

en varios aspectos este estereotipo. A continuación se desarrolla esta propuesta de relectura de la historia de la segregación en Quito.

## La concordancia entre la segregación física y simbólica

### Racismo clasista, urbanismo científico y movilidad residencial

La historia más comúnmente narrada sobre la implantación de la división entre norte, centro y sur se remite a las directrices del primer instrumento de planificación urbana técnica, llamado *Plan Regulador Urbanístico*, desarrollado entre los años 1942 y 1944, y más conocido como «Plan Odriozola», por el nombre de su mentor, el arquitecto Jones Odriozola (Marco Córdova, 2005). No obstante, su implantación corrió a partir del año 1945, con algunas modificaciones al proyecto original, según lo documenta el investigador Lucas Achig: «El plan contemplaba la división de la ciudad en cuatro zonas: a) La zona fabril del sur; b) La zona mixta de la ciudad vieja en el centro histórico; c) La zona mixta central entre La Alameda y El Ejido<sup>1</sup>, y d) La zona residencial del norte, desde el Ejido hacia el norte» (1981: 58).

El elemento que destaca en este instrumento de ordenamiento espacial es fundamentalmente la evidencia de una segregación planificada, en tanto se ubican en polos opuestos las clases sociales más distantes, entre la zona industrial al sur y el «barrio jardín» al norte. Los extremos entre la tipología de vivienda también mantienen esta lógica, incluso en los estratos medios, pues la vivienda «media baja» y los «barrios obreros» se ubican en el sur, y la vivienda «media» y «media alta» se ubican en el norte. Si bien efectivamente en este documento de política urbana se determina la oposición entre norte y sur, se debe mencionar que esta regulación no operó sobre un «espacio vacío», sino que ambas zonas ya estaban en proceso fáctico de formación desde inicios del s. xx, por acciones que entremezclaban las decisiones propias de

<sup>1</sup> La Alameda y El Ejido constituyen dos zonas periféricas del casco histórico de la ciudad, ubicadas en dirección norte. Ambas fueron las primeras zonas de esparcimiento a inicios del s. xx.

algunas familias aristocráticas con las decisiones municipales aún no tan tecnificadas.

Achig presenta información muy valiosa sobre el proceso de toma de decisiones que estaba detrás del Plan Regulador. Según su análisis, a partir de los años treinta, Quito experimentó un proceso de especulación sobre el valor del suelo: los predios del norte, aún rurales, empezaron a ser lotizados y urbanizados privadamente sin regulación municipal. Esto —lo que fue más problemático aún— significó una fuerte inversión pública local para la dotación de servicios e infraestructura. Así, se generó tempranamente uno de los principales problemas de la economía urbana: la generación de plusvalía en propiedades privadas a costa de los recursos públicos de toda la población de la ciudad (Achig, 1981).

El análisis de este autor está guiado por la economía política marxista, en donde se relacionan las políticas urbanas con la estructura de clases de la sociedad. En esta perspectiva, su hipótesis sostiene que

[la] segregación social del hábitat ha sido implementada por la clase dominante local a través de la manipulación de una Institución Administrativa Territorial: el Cabildo Municipal, encargado de legislar con miras a «racionalizar» el espacio urbano en función de sus intereses, creando un modelo típico de crecimiento urbano basado en la libre acción del capital sobre el suelo urbano (Achig, 1981).

Siguiendo con su argumento, la necesidad del *Plan* radicaba en un crecimiento desordenado y caótico durante las primeras décadas del s. xx, tiempo durante el cual las características topográficas determinaron la constitución del eje longitudinal norte-sur como la única área posible de expansión. Es decir, la configuración de la ciudad ya estaba en buena medida determinada de manera «espontánea» por la decisión de las clases aristocráticas de desplazarse hacia los terrenos del norte. Este proceso luego fue legitimado por el mencionado *Plan* como instrumento de ordenamiento urbano, consagrando, desde la técnica planificadora, la configuración de zonas «homogéneas en su interior pero altamente heterogéneas entre sí» (Carrión, 1987: 43).

Así, el plan regulador de los años cuarenta marcó en efecto un hito histórico en el proceso de organización de Quito, pues inauguró el urbanismo «técnico» en la ciudad. Sin embargo, no constituye el origen mismo de la segregación entre norte y sur: la institucionalizó, pues desde inicios de siglo la ciudad experimentó un momento crítico en su densificación, que fue procesado mediante la reorganización de los territorios que correspondían a las distintas clases sociales. Carrión señala claramente al respecto:

No otra cosa significa el hecho de que para aquel entonces (1904) la ciudad alcance su más alta densidad histórica (276 habitantes por hectárea) [...]. Este hecho nos está revelando el agotamiento de la forma de organización territorial *Radial-Concéntrica* y de los mecanismos específicos que la configuran; básicamente la segregación residencial como elemento dominante de la segregación urbana en el periodo: Es decir, lo que caduca son los mecanismos pre-capitalistas de constitución-habilitación-utilización del suelo urbano, altamente condicionados por el despojo-reparto heredado de una jerarquía social colonial, con fuerte incidencia de la Iglesia Católica (Carrión, 1987: 38-39).

Desde el lente marxista, dominante en el pensamiento urbano de los años setenta y ochenta en América Latina, trabajos como los de Achig y Carrión desentrañan fuertemente la relación entre las estrategias de poder de las clases sociales y el ordenamiento urbano. Sin embargo, su visión de la estratificación social es limitada, pues se basa en la relación de los grupos sociales frente a la acumulación de capital, y asume que la estratificación colonial, de carácter estamental basada en la raza, decae con el proceso de modernización capitalista de la primera mitad del s. xx.

Algunos trabajos históricos contemporáneos, desde una visión de la historia en diálogo con la antropología, muestran la vigencia de la estructura étnico-racial de herencia colonial en el proceso modernizador de la época, y la importancia que tuvo en el proceso de diferenciación social que se plasmó en el territorio. El trabajo más elaborado en esta temática es el de Eduardo Kingman, quien enfoca su estudio de la ciudad precisamente entre finales del s. xix y principios del xx (Kingman, 2006).

Un primer hecho relevante que destaca en su análisis es la profunda tensión social que generó el crecimiento demográfico de la población, considerando la dinámica de «ciudad señorial» que presentaba Quito a inicios del s. xx. Esta noción hace referencia a la lógica de dominación social basada en la diferenciación racial, heredada de la época colonial, pero plenamente vigente durante la época republicana, y hasta finales del s. xix, en que decae a partir de la Revolución Liberal. De esta caracterización interesan a esta revisión dos temas sustanciales:

El primero tiene que ver con la crisis de la racialización de la estructura de castas como sistema de dominación social. La noción de *raza* fue, desde la conquista, el parámetro de asignación de privilegios sociales. Sin embargo, dado el proceso de mestizaje durante tres siglos, las tipologías de clasificación racial resultaron siempre inestables y vulnerables, sobre todo ante las estrategias de las clases medias criollas que buscaban permanentemente formas de ascenso social y que con frecuencia recurrían a las estrategias matrimoniales. Así la ciudad señorial se constituía en un sistema de poder a través de las relaciones de dominación «cara a cara», pues, dada la poca población del casco urbano, las familias aristocráticas tenían códigos de referencia social bien definidos que permitían reconocer «quién era quién» en la ciudad. Con el proceso de modernización, este orden social empezó a fisurarse y, con el incremento demográfico, este sistema se desestabilizó tras la llegada de nuevos pobladores de origen incierto que se volvieron «mayoría» en la antigua ciudad (Kingman, 2006).

El segundo elemento clave es la expresión espacial de la diferenciación social. Como sostienen varios trabajos históricos, la diferencia social siempre tuvo en Quito una correspondencia físico-material en los espacios, sean privados o públicos. Hasta el s. xix se mantenía un sistema en el que, si bien había una cierta jerarquía de las casas más cercanas a la «Plaza Mayor» (la actual Plaza Grande) con respecto a las que se ubicaban hacia las periferias, el sistema de estratificación social se implantaba al interior de las casas. Las familias propietarias ocupaban las habitaciones del segundo piso y dejaban

para la servidumbre los espacios del primero (lo que Achig denomina «separación vertical»). Además, se sumaba una división horizontal en la misma planta baja, en donde, hacia la calle, se ubicaban las actividades más honorables del servicio —como la cocina o la lavandería—, mientras que hacia el fondo de la casa se ubicaban las huertas o los pequeños establos junto a los cuales habitaban poblaciones indígenas vinculadas a estos trabajos (Achig, 1981; Kingman, 2006).

El incremento poblacional ejerció presión sobre el espacio construido de la ciudad que resultaba insuficiente, lo que generó una fuerte tugurización de las casas coloniales, que poco a poco iban siendo ocupadas por inquilinos y en donde las plantas bajas eran espacios de hacinamiento e insalubridad.

El análisis histórico de Kingman permite entender mejor la genealogía de la división norte-sur de Quito, pues pondera los conflictos culturales, de valores y sobre todo las estrategias de diferenciación de las elites quiteñas como elemento constitutivo de la dinámica de la ciudad. En sus palabras:

Es cierto que la conversión de las casas en objetos de renta explica, en gran parte, el «abandono» paulatino del Centro, como lugar de residencia, por parte de sus propietarios. Pero fue, sobre todo, la «contaminación social» generada por la presencia de «desconocidos» lo que condujo a ese «abandono». O para ser más precisos: fue la nueva mirada vertida sobre el Otro («el estorbo del Otro») lo que lo provocó (Kingman, 2006: 215).

Estos elementos ayudan a pensar que la topografía no explica por sí misma la segregación socioespacial. Como señala Pierre Bourdieu, el carácter simbólico de la dominación opera mediante la «naturalización» del orden social, lo que en el caso del orden espacial se expresa precisamente en la creencia en las «fronteras naturales» que se encuentran en distintos aspectos de la geografía física y en los hitos materiales que sirven a las divisiones establecidas socialmente (Bourdieu *et al.*, 1999). Considerando esto, es claro que en el caso de Quito, si bien la topografía condicionó que el crecimiento de la mancha urbana se extendiera de manera

longitudinal hacia el norte o hacia el sur, fueron los elementos sociales los que establecieron que el crecimiento fuera hacia ambos lados, y que en cada uno se establecieran clases diferentes.

Es así que el plan propuesto por Odriozola no solo que legitimaba desde la planificación urbana «científica» la apuesta de las elites quiteñas por reubicarse en el norte de la ciudad, sino que daba forma a lo que se creía era el «crecimiento natural» de la ciudad, asumiendo que las diferencias sociales no podían sino expresarse en el crecimiento segregadamente planificado de la ciudad. Así, la planificación se hacía eco de la opinión pública común, en la cual la voz que primaba era la de las elites que asumían la representación de toda la ciudadanía o, como bien lo llama Kingman, el «querer de la gente»:

El «querer de la gente» se expresaba en la búsqueda de un desarrollo diferenciado de la urbe, en la tendencia a la formación de «barrios separados» tanto hacia el sur como hacia el norte. Lo que interesaba era cómo administrar esa tendencia espontánea: de qué manera orientar e incentivar el desarrollo de barrios obreros «cerca de las zonas industriales pero no en exceso», cómo conservar una armonía entre las zonas residenciales y el medio ambiente (Kingman, 2006: 331).

Para completar esta breve genealogía de la segregación entre el norte y el sur de Quito, vale mencionar algunos elementos adicionales sobre el estatus que adquirió el norte. La modernización trajo consigo nuevos criterios de distinción social, como el confort y el lujo de las residencias, que en algunos casos se oponían a los parámetros tradicionales de las casas coloniales de la ciudad antigua, y que en otros se conjugaban con dichos parámetros, sobre todo en la valoración de la cercanía de la residencia con el campo —asociado con la posesión de tierra. En esta medida, los nuevos barrios residenciales de las elites seguían el modelo de «ciudad jardín», propuesta en Europa por Ebenezer Howard y cuya adaptación implicó la valoración de los jardines como elemento que da estatus a la vivienda, en contraposición a las «huertas» o «chacras» que eran parte de muchas de las casas tradicionales, tanto del centro como de las afueras de la ciudad.

Además, el norte estaba direccionado hacia uno de los nacientes hitos simbólicos de la ciudad, el monumento a la «Mitad del Mundo», que, para inicios del s. xx, significó imaginar a la ciudad no solo como centro político del país, sino como una centralidad del mundo entero, debido a la visita de la llamada «Segunda Misión Geodésica», liderada por científicos franceses y destinada a confirmar la medición del meridiano terrestre, a partir de la cual se empezaba a formar la vocación turística de la ciudad (Capello, 2009). Así fue surgiendo un nuevo emblema para la ciudad, vista ahora como depositaria de una cualidad que merece la atención del mundo europeo.

Según este autor, el imaginario de Quito como «centro del mundo» no solo habría servido a inicios del s. xx como indicador relevante del desarrollo científico de la ciudad y del país, sino que, dado su fuerte componente cartográfico, sirvió como herramienta técnica e ideológica para la planificación segregada de la ciudad. Refiriéndose a la división entre el centro, el norte y el sur, propuesta por el plan Odriozola, este autor dice: «Esta reorganización espacial ha sido analizada como producto de un espacio segregado, pero también se debe considerar la importancia que tiene la posibilidad de crear un circuito turístico en el cual los nexos particulares serían el centro de la ciudad y el Ecuador unos kilómetros al norte» (Capello, 2009: 133). Así, desde el naciente interés turístico, la conexión entre el casco colonial —como lugar de valor histórico— y el complejo construido en honor al atributo natural del paso de la línea ecuatorial y los esfuerzos científicos para medirla, implicaba atravesar la «ciudad nueva», que exhibía ostentosamente las lujosas y modernas residencias de las elites quiteñas a mediados del s. xx.

Para cerrar esta exposición del origen de la división entre el norte y el sur de la ciudad, resulta importante retomar el tema del cambio entre las distancias físicas y sociales en la transición de la «ciudad señorial» a la ciudad moderna. Para esto sirve una sugerente idea de Ibarra, quien señala que «la paradoja de una sociedad estamental es el contacto físico cotidiano y una tenaz distancia social» (Ibarra, 1998: 32). En el

caso del Quito tradicional, tanto las residencias como las plazas implicaban el encuentro entre los distintos grupos sociales, lo que en ningún sentido significaba mezcla social en el sentido amplio, pues cada quien ejercía el rol y ocupaba el lugar que le correspondía en dichas interacciones cotidianas. Si bien había cierto estatus de las más cercanas a la «Plaza Mayor» —el núcleo político de la ciudad y del país— no existían «barrios separados» por clases sociales, pues la servidumbre —en su gran mayoría de ascendencia indígena— vivía en los mismos barrios y en las mismas casas que las familias aristocráticas, pero, claro está, ocupando los lugares establecidos para ellos.

Entonces, los «barrios separados» fueron la respuesta a la paulatina densificación de la población de la ciudad, que desestabilizó en cierta medida el orden racial vigente desde la época colonial, ya que la nueva población fue vista como «invasora», y esto obligó al repliegue de las elites fuera del casco colonial. Este principio es clave para entender la disputa por pertenecer a la ciudad, tanto en términos materiales como simbólicos, pues la estrategia de las elites en esa época muestra una resistencia al contacto con extraños, que terminó impulsando la constitución de una «ciudad propia», alejada de la amenazante contaminación social.

La formación de la ciudad moderna trajo consigo cambios importantes en la sociabilidad urbana. La densificación de la población obligó al formato de relaciones que la sociología urbana clásica consideraba paradigmáticas de las metrópolis, como el anonimato, los contactos eventuales, las relaciones impersonales y contractuales, etc. Sin embargo, volviendo a las ideas de Ibarra, «por extrañamiento que parezca, la cortesía y los rituales de las relaciones impersonales, refuerzan la distancia social» (Ibarra, 1998: 33), lo que implica que en el naciente Quito moderno la nueva urbanidad se nutrió fuertemente del legado clasista y racista de la ciudad tradicional.

### **Ciudad segregada y centralidades**

Como se dijo anteriormente, el inicio de la planificación urbana técnica en Quito surgió de un

hecho paradójico: el poder de las elites para imponer sus intereses a través de las decisiones del Cabildo llevó a un crecimiento caótico de la ciudad, que necesitó de un instrumento de regulación que corrigiera justamente los abusos de poder de dichas elites. Ante este escenario, varios autores concuerdan en que la política municipal siguió priorizando los intereses de las elites, pero de manera «negociada» con los preceptos del urbanismo científico y también con la presión de los grupos subalternos, que también tenían apremio por satisfacer sus requerimientos y ejercían presión en consecuencia (Achig, 1981; Carrión, 1987; Kingman, 2006).

Sin embargo es importante destacar que, si bien los análisis referidos destacan el trato diferencial entre las distintas zonas, en donde el norte se mantuvo como el área privilegiada de la atención municipal entre las décadas de 1950 y 1970, no se documenta una crítica en sí a la idea de segregación. Es decir que, si bien se pone en cuestión la atención privilegiada del norte como lógica de política pública, la idea de que a cada grupo le «corresponda» una localización específica en la ciudad se mantiene incuestionable, incluso en la reflexión crítica. En la práctica, el fortalecimiento de una «ciudad dual» es resultado no solo de las acciones específicas de las regulaciones urbanísticas implantadas, sino también de las omisiones, es decir, mediante el «dejar hacer» del creciente mercado inmobiliario sobre el valor del suelo, o también mediante la ausencia de acciones que puedan revertir la segregación —sobre lo cual la misma técnica urbanística plantea varias opciones.

Más allá de este vacío analítico, los trabajos expuestos ponen empeño en evidenciar la lógica institucional segregacionista. Un ejemplo decidor surge de los instrumentos de regulación que consagran la desigualdad: la clasificación institucional en barrios de «primera», «segunda» y «tercera clase», cada uno con especificaciones de trazado urbano, ancho de calles, disposición de fachadas y otras normativas de construcción diferenciadas. Una muestra interesante resulta la diferencia entre viviendas en barrios de primera clase con los de tercera clase:

[la] segregación se ve reflejada en la Ordenanza que señala el tipo de construcciones a realizarse en los barrios, de acuerdo a la condición social de los mismos. Por ejemplo, en los barrios residenciales de primera clase se obliga retiros de 3 o 5 metros sean anteriores, laterales o posteriores, mientras, que en los barrios populares se autorizan construcciones adosadas sin ningún tipo de retiros (Achig, 1981: 92).

Achig (1981: 91) sintetiza los elementos que permiten hablar de la consolidación de una ciudad segregada a mediados del s. xx en tres aspectos sustanciales:

a) En lo físico, a través de la sectorización entre centro, sur y norte, en donde la polarización social se espacializa en la ciudad: en el norte quedan ubicadas las clases más acomodadas y en el sur las clases populares, dejando el centro a una creciente clase media vinculada a los estratos medios y bajos de la administración pública.

b) En el diseño de la construcción, en donde se aplican regulaciones urbanas diferentes en función de la tipología de barrios, propuesta por el mismo Municipio, y que serán fundamentales en el tejido urbano característico de las zonas nuevas de la ciudad, tanto al norte como al sur.

c) Respecto a la dotación de servicios y equipamientos comunitarios, en donde el norte ha sido históricamente la principal prioridad de la política municipal, desde servicios (como la dotación de agua potable, alcantarillado, el asfaltado de calles) hasta la dotación de espacios recreativos, como parques y espacios públicos.

Por su parte, el análisis de Carrión comparte esta caracterización, pero introduce la idea de que las posteriores propuestas de zonificación impulsadas por el Municipio reforzaban la segregación residencial con la segregación por usos del suelo:

[...] esta forma expresa la existencia de un nuevo tipo de segregación urbana, constituida a partir de la articulación de la tradicional segregación residencial, con la *segregación por usos de suelo*, que se incorpora manifiestamente en esta época y que asume una posición de dominación en la relación. Su resultado concreto será

la consolidación de las zonas dispares: norte, sur y centro, y también la formación de gérmenes de centralidad en sus respectivos interiores: al norte, la Mariscal Sucre; al sur, la Villa Flora, y al centro, el «centro urbano» (Carrión, 1987: 53).

No obstante, el peso del trato desigual entre el sur y el norte, y la importancia del capital especulativo en la valoración diferenciada del suelo urbano llevaron a la rápida formación de la «centralidad moderna» en la zona norte (llamada «La Mariscal»), antes que a una concentración de servicios y funciones urbanas en el sur, que en cambio habrán de llegar lenta y tardíamente, varias décadas después. Así, para la década del sesenta, el esquema de la ciudad «longitudinal» derivó en un esquema «longitudinal-polinuclear» —en la taxonomía propuesta por Carrión—, que sería más preciso definir como «binuclear» o «bipolar» (1987).

Esta breve reflexión acerca de las centralidades permite entender la manera en que los espacios segregados se articulan con los servicios y los equipamientos de la ciudad. En este sentido, el desarrollo de La Mariscal como el centro de la ciudad moderna tiene elementos claves para entender la segregación como desigualdad relativa. Según Achig, a mediados de siglo las organizaciones barriales lograron que la administración municipal atendiera las carencias en servicios básicos (como agua potable, alcantarillado, asfaltado de calles, etc.) en los barrios del sur. Sin embargo, si bien las condiciones del hábitat residencial del sur mejoraron, la exclusión respecto de la «nueva ciudad» no solo se mantuvo, sino que se acrecentó.

El centro moderno resultó altamente selectivo en varios parámetros: el valor del suelo era inalcanzable para los sectores populares, la escasez de transporte público hacia las áreas de expansión dificultaba la accesibilidad. Se evidencia también el choque cultural de las poblaciones de origen rural en adaptarse a la racionalidad de la urbanidad moderna en cuestiones como el tráfico vehicular, el comercio formalizado, los dispositivos disciplinarios de higiene y ornato que regulan la ocupación de espacios públicos, entre otras particularidades de la nueva urbanidad.

Sin embargo, pese a que el nuevo centro —emblema de la modernización de la ciudad— resultaba «extraño» para las clases populares, tanto del centro como del sur, resultaba un lugar necesario, debido a la concentración de servicios públicos en esta zona, como las áreas de esparcimiento y recreación —sobre todo el gran parque de la ciudad, «La Carolina», y el estadio de fútbol moderno de la ciudad—, los centros educativos, servicios de salud, la infraestructura de la administración pública nacional, etc.

Siguiendo una reflexión de Carrión acerca de la centralidad bipolar característica de la ciudad de mediados de siglo, el Centro Histórico se convirtió en «centro del sur» de la ciudad, mientras que la zona de La Mariscal, pasó a ser el centro de la vida urbana del norte (Carrión, 1987: 127). Este desplazamiento funcional del centro tradicional «hacia el sur» puede entenderse también como metáfora: una localidad de tanta envergadura histórica para la ciudad se resignifica: mientras pierde valor simbólico para las elites y las clases medias, que se muestran más interesadas en los nuevos servicios de la naciente metrópoli, gana valor para la población históricamente segregada del sur que ahora lo utiliza.

Así, el gran cambio que introdujo en la dinámica de la ciudad el esquema «longitudinal-bipolar» fue fortalecer la ciudad dual, en tanto en las décadas anteriores, si bien las clases altas se desplazaron hacia el norte y los sectores populares se ubicaron en el sur, el casco colonial servía como centralidad para todos los grupos sociales. Es decir, se mantenía el principio de que había espacios comunes pese a las distancias sociales. El desarrollo de la centralidad moderna en La Mariscal implicó que las clases altas tuvieran su propio centro, acorde a los nuevos elementos considerados valiosos en la vida urbana, y el cual se mantenía no contaminado —al menos en términos residenciales— con respecto a las clases populares. A su vez, el Centro Histórico siguió funcionando como el núcleo de referencia funcional y cultural para todos los grupos en la ciudad, aunque con menor importancia para las clases altas.

## La emancipación relativa de la representación

### De la formación centro-periferia a la ciudad-región

Los años setenta constituyen un hito sustancial en la historia del Ecuador, pues en estos años se inició la explotación petrolera, lo que dotó al estado central de una riqueza económica sin precedentes. Quito, a partir de entonces capital de un país petrolero, recibió una inversión en infraestructura igualmente sin precedentes. Se modernizó a pasos acelerados por medio de la construcción de edificios de altura, de intercambiadores viales, de autopistas hacia las zonas periféricas, de túneles al interior de los cerros occidentales del Centro Histórico (vistos como obstáculos para la integración entre el norte y el sur), además de otras obras *monumentales* (con respecto a lo que había sido la historia de equipamientos de la ciudad).

Por su parte, la inversión privada acompañó este proceso de transformación de la ciudad con la certeza de una alta rentabilidad, gracias a los antecedentes de «permisividad» de especulación que ha caracterizado a la política municipal. En esto, la literatura especializada destaca dos elementos nuevos: el surgimiento de la industria de la construcción a cargo de varias empresas inmobiliarias y el desarrollo del crédito hipotecario con el fortalecimiento de la banca y el capital financiero (Achig, 1981; Carrión, 1987; Unda, 1992). Con estas nuevas dinámicas, el norte se fortaleció enormemente, gracias al crecimiento en altura y al apareamiento de los primeros centros comerciales. A decir de este paisaje urbano focalizado en el centro-norte de la ciudad, Quito parecía una metrópoli.

[...] de 1970 a 1980 el área urbana de la ciudad de Quito crece en más de cuatro veces (y eso que allí no se consideran las áreas conurbanas ni el crecimiento vertical), la población lo hace en más de dos veces, el parque automotor en cinco; también emergen nuevos grupos sociales relacionados a inéditas formas de reproducción y apropiación de la ciudad, se relocalizan las actividades urbanas principales, se transforma el conjunto de la ciudad y su *hinterland* (Carrión, 1987: 62).

Según Carrión, a partir de los años setenta, el desarrollo urbano de Quito adquirió un modelo de crecimiento de ciudad «irregular-dispersa». Esta expansión siguió, a más del patrón longitudinal clásico, un crecimiento hacia los valles circundantes (Pomasqui al norte, Cumbayá y Tumbaco al nororiente y Los Chillos al suro-riente), lo que generó procesos de conurbación y periurbanización. Es importante señalar que este crecimiento no ha sido sincrónico en el tiempo, ya que la expansión hacia el norte se produjo en la década del sesenta y des- puntó ampliamente en la década del setenta, mientras que el crecimiento del sur se dio una década más tarde, en los años ochenta, y des- puntó en los noventa.

Por otro lado, el crecimiento del área de la ciudad, por encima del crecimiento de la población, se explica, según varios autores, en el desarrollo de la especulación sobre la renta del suelo bajo dos modalidades: terratenientes urbanos que dejaban vacantes importantes por- ciones de suelo como «terrenos de engorde», para captar la plusvalía que supone la urbani- zación, tanto dentro de la ciudad como en sus bordes. La evidencia más flagrante de este pro- ceso es un dato muy peculiar: dentro de la gran expansión de la mancha urbana, más del 50% del suelo urbano estuvo declarado «vacante». Esto implica que la súbita expansión no corres- pondió a una escasez de espacio dentro de la ciudad para la creciente población, sino que fue provocada por el afán de ganancia de plusvalía a través de la especulación. Cito a continuación las conclusiones que propone Carrión a partir de este dato revelador:

[...] el 51.44% de Quito se encuentra en calidad de «vacante» o «libre». Desde esta evidencia, se pueden extraer algunas conclusiones importantes:

1. El uso del suelo más importante de Quito es el ESPECULATIVO, de allí se puede inferir que la lógica del desarrollo urbano de la urbe en mucho está determinada por su comportamiento.

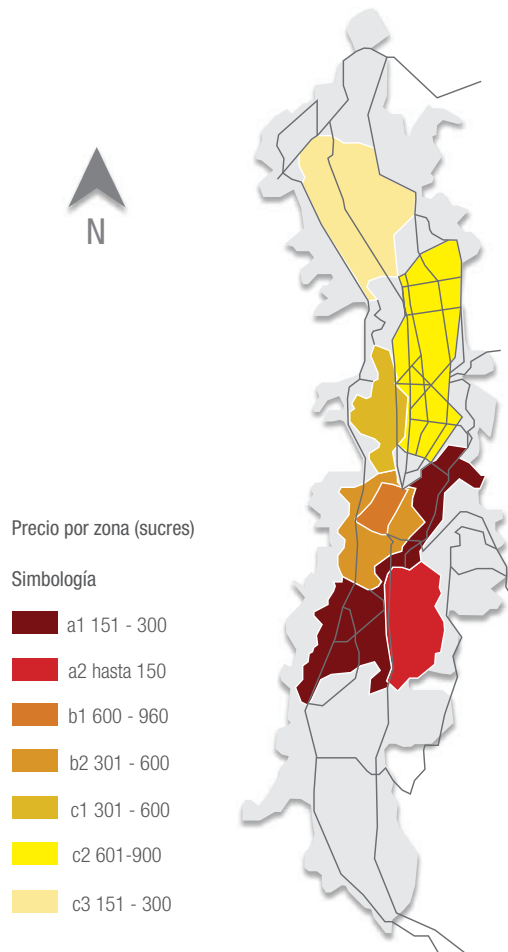
2. El crecimiento desmedido que experimenta el área urbana de la ciudad en la década del setenta se debe, en gran medida, al incremento de estos terrenos sin uso del suelo aparente. De esta manera, las visiones neomaltusianas, esgrimidas por medios oficiales y periodísticos, se desvanecen.

3. La existencia de «espacios libres» al interior de

los tres distritos centrales nos permite llegar a ca- racterizar a este crecimiento como ficticio, puesto que no proviene de una exigencia social real y sí, más bien, de la especulación que se hace de la tierra y del suelo urbanos a la manera de «terre- nos de engorde» (Carrión, 1987: 122-123).

Para Carrión este crecimiento «ficticio», ca- racterizado como «acelerado y deforme» de la mancha urbana, está guiado por los intereses en la valoración diferenciada del suelo urbano, en donde el norte se mantiene como la zona de mayor plusvalía para el juego especulativo. Un estudio minucioso sobre el valor catastral de los predios, elaborado por Diego Carrión y otros

**Mapa 1**  
**Valor del suelo en Quito por zonas (1975)**



Fuente: Carrión, 1987: 97.



autores, ofrece datos contundentes sobre la renta del suelo a mediados de los años setenta.

Siguiendo el principio de que el valor del suelo urbano está determinado por la cercanía o distancia a las centralidades, este mapa muestra la dinámica centro-periferia que caracteriza a la ciudad a partir de los años setenta. En él, las zonas «a1» y «a2» corresponden al sur, las zonas «b1» y «b2» corresponden al centro y las zonas «c1», «c2» y «c3» corresponden al norte de la ciudad. Comparando los valores establecidos, vemos que las áreas de mayor valor corresponden a las centralidades b1 (correspondiente al Centro Histórico) y c2 (La Mariscal e Iñaquito), y que su valor está entre 600 y 960 sucres, que era la moneda de la época. La zona b2, colindante con el Centro Histórico, y la zona c1, ubicada en el norte hacia la parte occidental, son similares en valor (entre 300 y 600 sucres), y ambas están próximas a las respectivas centralidades. La zona a1, ubicada al sur del costado occidental, y c3, ubicada en el extremo norte, tienen similar valor del suelo (entre 150 y 300 sucres), lo que demuestra que las áreas periféricas de los extremos norte y sur son equiparables en cuanto a valor del suelo. Finalmente, la zona de menor valor en toda la ciudad es la a2 (menos de 150 sucres), que se ubica al sur del costado oriental.

De estas evidencias se puede establecer algunas conclusiones. En primer lugar la bipolaridad de las dos centralidades anteriores se convierte en una gran zona central de la ciudad, que funciona como «macrocentro», mientras que los extremos norte y sur, y los bordes occidentales y orientales se convierten en la «periferia» de la ciudad. En segundo lugar, dentro de esta nueva organización, no desaparece del todo la contraposición entre norte y sur, pero se matiza ampliamente, pues ambas zonas se vuelven heterogéneas. En el norte aparece un sinnúmero de barrios precarios, en varios casos colindantes con zonas residenciales de las clases más acomodadas. En el sur también aparecen diferencias: entre los sectores más consolidados y las nuevas periferias con carencias en servicios básicos —como agua, alcantarillado, y sobre todo transporte público. Sin embargo, la zona de mayor concentración de la riqueza

se mantiene inamovible en el centro-norte, y su expansión empieza a vislumbrarse hacia las zonas más distantes gracias a las autopistas.

Los datos expuestos por Carrión en la década de los ochenta son elocuentes acerca de la diferencia de dotación de servicios del área central de la ciudad frente a la gran área de expansión de las periferias:

Existe una sintomática concentración de ciertas actividades en los distritos Centro-Norte (correspondientes a La Mariscal Sucre) y Centro (al Centro Histórico de Quito). Así tenemos: en administración y salud, el 100% en los dos distritos; en comercio, educación y recreación, el 67,9%, el 82,1% y el 57,2%, respectivamente. Es altamente clarificadora esta concentración de actividades, porque son justamente estas las que definen la «centralidad urbana» en el conjunto de la ciudad y, además, el ámbito en el cual se inscribe la renovación urbana (Carrión, 1987: 121).

Entre estos datos llama la atención la altísima concentración de servicios, como salud y educación, por ser los más necesarios para la población urbana. En el primer caso, toda la infraestructura hospitalaria de la ciudad se ubica entre las dos centralidades, y en el caso de educación, más del 80% de los servicios educativos se ubican en estas dos zonas. Si bien los datos no están desagregados para diferenciar los porcentajes que, de estos servicios, se ubican en cada una de las dos centralidades, sí es posible establecer que el incremento de estos, en los años setenta, se estableció principalmente en el norte, y constituyó parte sustancial de la modernización del área.

Retomando el argumento de Carrión de que el crecimiento de la ciudad se produjo debido a los intereses especulativos, las opciones de conseguir una residencia en la ciudad para las clases populares quedaron seriamente comprometidas y, en consecuencia, emergieron, según el autor, tres estrategias: 1) la ocupación de los terrenos periféricos, tanto al norte y al sur de la ciudad cuanto en las quebradas y laderas orientales y occidentales; 2) el desplazamiento de los tugurios del Centro Histórico hacia los barrios colindantes del sur, y 3) la ocupación de los pequeños poblados cercanos a la ciudad, lo

que generó una especie de «migración ocasional» cotidiana. Bajo esta lógica, se desdibuja la división norte-centro-sur original, pues los barrios periféricos se ubicaron también en el antes exclusivo sector norte (Carrión, 1987).

La mayor consecuencia de este proceso es que se desdibujó la tradicional segregación residencial que caracterizaba a la ciudad como dual, y según la cual el norte albergaba a las poblaciones de mayores ingresos; el centro, los tugurios, y el sur, las poblaciones de bajos ingresos. A esta desconfiguración de las fronteras *intraurbanas* tradicionales se debe sumar la proyección de los sectores de mayores ingresos hacia los valles colindantes de Pomasquí, Cumbayá, Tumbaco y Los Chillos. Es interesante que varios autores identifiquen la proliferación de asentamientos precarios como una extensión de la lógica de implantación de las clases populares, que va desde el sur hacia el norte. Esto se podría pensar de manera análoga a la «invasión» de población «extraña» que forzó el desplazamiento residencial de las elites de la ciudad a inicios de siglo. En palabras del autor:

El desarrollo barrial en las zonas de expansión reciente se inicia en el Sur y se prolonga hacia el Norte, logrando rebasar las rígidas fronteras que la segregación residencial había impuesto. [...] Posteriormente, irán cercando al Norte aristocrático, disputando cada intersticio de suelo urbano periférico, hasta lograr conformar un anillo que cierra al conjunto de la ciudad. Este desarrollo, que originalmente consiguió valorizar especulativamente terrenos de renta nula, tiene en la actualidad un comportamiento diferencial en las zonas exclusivas: ellas tienden a perder parte de sus rentas de monopolio por los efectos ideológicos que produce la existencia de vecinos «indeseables» (Carrión, 1987: 184).

Este fenómeno fue claramente identificado por la reflexión académica durante los años ochenta, y se convirtió en motivo de comentarios críticos de varios especialistas. Quizás uno de los más representativos sea el de Mario Unda, por cuanto apunta a mirar el plano de la significación de este proceso, y no solo su objetividad material:

[...] norte y sur son realidades territoriales. Pero son sobre todo concentraciones sociales sobre el territorio de la ciudad. El sur, como metáfora

social, extendió sus brazos hacia el norte, en las periferias occidentales y orientales, pero no pudo cerrar el abrazo: por allá no se dejan querer tan fácilmente; sin embargo, pudo reproducirse en los poblados cercanos. El norte también tiene sus desplazamientos, y se lo reconoce en casas y urbanizaciones que han aparecido en los valles vecinos a la ciudad: hacia Tumbaco, hacia Pomasquí [...] (Unda, 1992: 19).

Posteriormente, en términos territoriales, es fundamental ubicar la década de los noventa como el mayor hito en la organización actual de la ciudad, pues a partir del año 1993 se establece el Distrito Metropolitano de Quito (DMQ) como nueva forma de ordenamiento territorial, en el que se integran la ciudad de Quito y un gran área de influencia, junto con las poblaciones asentadas ahí, en una sola unidad político-administrativa. Si bien desde entonces la planificación territorial del Distrito opera efectivamente en esta lógica de «ciudad-región», en términos socioculturales se aprecia que la ciudad de Quito, como «mancha urbana», se concibe diferenciada del resto de poblaciones a las que sin duda está conectada, pero que simbólicamente aún no forman parte de una misma unidad territorial. Así, pese a la constitución de un ámbito metropolitano en el imaginario, operan aún límites que diferencian la ciudad propiamente dicha de otros poblados no integrados directamente a la mancha urbana mayor (Santillán, 2012). Parafraseando un postulado de Armando Silva acerca de las incongruencias entre la ciudad física y la ciudad imaginada (Silva, 2014), se puede decir que el Quito metropolitano «solo existe en la realidad», mas no en el imaginario.

Resulta interesante la ausencia de una preocupación académica por comprender las tensiones mismas de la expansión —preocupación que habrá de tardar más de una década en aparecer. Es posible pensar en un cierto desconcierto frente a la complejidad de la dinámica de la ciudad, que ya no responde al clásico eje longitudinal. Esto se da en virtud de que, en las décadas recientes, los estudios sobre Quito prácticamente dejaron de lado el tema de la segregación y se desplazaron hacia otros temas, sobre todo a las problemáticas del Centro Histórico. A partir de su declaratoria como «Patrimonio Cultural de la Humanidad», en la década

del setenta, se reorganizó paulatinamente y de tal modo la agenda pública de política urbana, que la reflexión académica de los años noventa se centró ampliamente en torno a las problemáticas del patrimonio, la globalización, el turismo y la regeneración urbana de la centralidad histórica de la ciudad. Así, la expansión generó una profunda reconfiguración de las fronteras *intraurbanas*, que, sin embargo, quedó escasamente explorada en los estudios académicos. En su defecto, el Centro Histórico se volvió el centro de la agenda pública y académica.

En definitiva, la reflexión académica sobre la ciudad se inauguró prácticamente en los años ochenta, cuando el tema central del análisis era precisamente la configuración histórica de una ciudad segregada. Sin embargo, a partir del desdibujamiento de esta forma de segregación rígida entre el norte y el sur, documentada justamente por esta bibliografía, el tema como tal prácticamente desapareció de la investigación académica. Tanto es así que el mismo término *segregación* entró en desuso en el vocabulario en las décadas posteriores. Esto no implica que con la desconfiguración del modelo originario de segregación hayan desaparecido los procesos segregativos. Sin embargo, a decir de la escasa bibliografía disponible desde los noventa, el diagnóstico de que ya no es posible hablar de una distinción claramente definida en norte y sur —arguyendo sobre todo la presencia de barrios y poblaciones empobrecidos en el norte— parece agotar el estudio de la espacialización de las diferencias sociales.

En consecuencia, el mayor vacío que se desprende de esta presunción de agotamiento del tema es justamente la reconfiguración de la segregación en territorios menos vastos, como los grandes ejes norte y sur. Esto implica mirar en su interior la existencia de lógicas de agrupamiento social que utilicen el espacio como recurso para su conformación, que podrían definirse como dinámicas de segregación. Pese a este gran vacío analítico, existe, tanto en la década de los noventa como en la primera del s. XXI, una valiosa bibliografía sobre temas de vivienda, hábitat y suelo, en la que se abordan directa o indirectamente los procesos de expansión urbana y de fraccionamiento de la

ciudad. Si bien estos trabajos son de menor alcance que los presentados hasta aquí —pues analizan barrios puntuales como estudios de caso y en cortos periodos de tiempo—, tomados en conjunto logran evidenciar algunas características de las desigualdades contemporáneas, que están marcadas tanto por las asimetrías históricas explicadas anteriormente como por los procesos propios de la implantación del neoliberalismo en la estructuración de la ciudad desde la última década del siglo pasado.

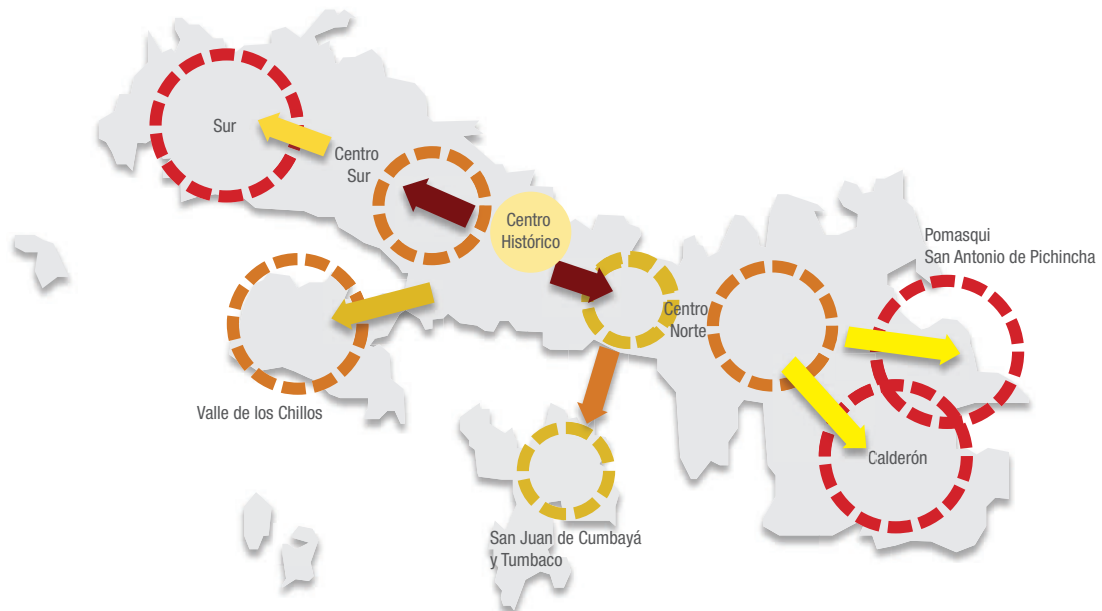
Antes de mostrar algunas ideas sugerentes de esta bibliografía contemporánea, es preciso mencionar que, a partir de los años noventa, existe una gran cantidad de estudios técnicos muy sofisticados en la elaboración de mapas, que dan cuenta del interés de las instancias de planificación por contar con estudios y diagnósticos útiles para la definición de políticas urbanas sobre la base de información técnica confiable. Así, la descripción del proceso de crecimiento de la ciudad y las características que ha ido tomando su morfología aparece bastante precisada. Con todo, el mayor vacío en estos trabajos es la ausencia de lo que Luis Peña denomina «verticalidades» (Peña, 2011), es decir la incorporación de variables estructurales, relacionadas con los procesos económicos, políticos y culturales que ayudan a la explicación y también a determinar los porqués de las características descritas en los mapas. En esta línea de trabajos destaca el *Atlas informativo de Quito*, documento muy preocupado por el rigor metodológico para la elaboración cartográfica. Constituye un instrumento a través del cual los procesos de transformación espacial y las desigualdades urbanas logran visibilizarse, aunque su lógica no alcance a esclarecerse suficientemente.

Uno de los mayores aportes de este material es la idea de que en dicha época el mercado de suelo era múltiple, es decir, que los agentes comerciales que intervinieron en la compra y venta de predios operaron a través de «nichos», con lógicas propias, lo que implica el rol activo de las reglas del mercado en la espacialización de las clases sociales (De Maximy, 1992). Los datos mostrados en este material ratifican que el precio de compra-venta de predios está

directamente relacionado con la dotación de servicios y equipamientos, y que la distribución asimétrica de estos recursos tiene efectos en el valor del suelo. Todo esto genera segregación, en tanto es la población de mayores recursos la que puede acceder a los mayores servicios, a través de la localización. Si bien este proceso es bastante predecible, este material resulta valioso por el recurso de la cartografía como fuente de datos empíricos, pues sin ellos, por más lógica que resulte la hipótesis, carecería de evidencia fehaciente.

Por otro lado, como se mencionó previamente, la agenda de investigación de finales de los noventa e inicios del s. XXI es la renovación urbana que se desplegó sobre el Centro Histórico como un eje económico para la articulación de Quito a las redes globales de ciudades. A fin de apuntalar la vocación económica del Centro como eje principal de la marca Quito en tanto destino turístico, los planes de intervención han favorecido la lógica de alianzas público-privadas a fin de cualificar la oferta de servicios —como hospedaje, restaurantes y afines. Esta lógica

**Mapa 2**  
**Resumen movilidad residencial por estratos sociales**



-  Migración intraurbana de sectores altos (siglo xx)
-  Migración intraurbana de sectores altos (siglo xxi)
-  Migración intraurbana de sectores bajos, medios, medios altos (siglo xxi)
-  Migración intraurbana de sectores bajos hacia el sur (siglo xx y xxi)
-  Migración intraurbana de sectores bajos hacia el norte (siglo xx y xxi)

-  - Alta dotación de servicios, equipamiento e infraestructura de calidad (centro-norte)  
- Prestigio social  
- Buena localización  
- Alta inversión pública y privada
-  - Mediana dotación de servicios, equipamiento e infraestructura de calidad  
- Valle de los Chillos (Malchingui), escenario de migración intraurbana desde el sur, centro-sur, centro-norte  
- Localización en la semiperiferia  
- Mediana inversión pública y privada
-  - Baja dotación de servicios, equipamiento e infraestructura de calidad  
- Localización periférica  
- Baja inversión pública y privada

Fuente: Ospina, 2010: 109.

implicó un fuerte proceso de transformación en el Centro: si en los años ochenta su funcionalidad de desplazó como centralidad del sur, ahora este desplazamiento fue significado como una «intrusión», que afecta el legado patrimonial a través de actividades como el comercio informal (Carrión, 2004; Kingman, 2004; Salgado, 2004).

Esta es justamente la nueva problemática dominante en la agenda de reflexión crítica sobre la ciudad. Lo que interesa de este proceso para el tema de la segregación es que la revalorización del Centro ha significado paulatinamente su despoblamiento. Es decir, su funcionalidad como vivienda ha decaído notablemente hasta la actualidad. De esta forma, la segregación residencial se ubica en la expansión longitudinal en los ejes norte y sur, en donde se establece la diferencia entre el «centro-norte» (que corresponde a lo que tradicionalmente se llamó el «norte») y el norte que empieza a perfilarse hacia las zonas de Carapungo y Calderón. En el sur se diferencia el «centro-sur» frente a la expansión más reciente, en la zona de Quitumbe, y, por otro lado, se consolida la expansión hacia los valles orientales antes mencionados.

El mapa 2, elaborado por Óscar Ospina, es el esfuerzo más didáctico para visualizar el proceso urbano de Quito a grandes rasgos. Se puede apreciar cómo se han movilizado y localizado los grupos sociales en el territorio durante los siglos xx y xxi.

A partir de la bibliografía comentada sobre temas de vivienda, hábitat y suelo de manera general, se pueden subrayar tres tendencias fundamentales que marcan la ciudad actual:

a) El fortalecimiento de los valles de Cumbayá-Tumbaco y Los Chillos como las áreas que presentan mayor crecimiento urbanístico, impulsado sobre todo por las clases de mayores ingresos. En buena medida este desplazamiento resulta similar al sucedido un siglo antes, en tanto este desplazamiento está impulsado por la búsqueda de homogeneidad social, aunque ahora marcado por la sensación de inseguridad que ha llevado al desarrollo del modelo de urbanizaciones cerradas (Lopez, 2012; Nemtseva, 2011; Ospina, 2010).

b) La consolidación del sur de Quito con la dotación de servicios e infraestructura, además de centralidades a partir de centros comerciales (como sucedió en el norte en décadas anteriores) y también de grandes proyectos habitacionales, sobre todo en la zona de Quitumbe, en el extremo sur. Esta consolidación en las últimas décadas, aunque no ha sido un tema prioritario de investigación, constituye una de las mayores preocupaciones en la agenda pública: «atender al sur», a través de la dotación de equipamientos y servicios bajo la consigna de su pasado relegado, es uno de los derroteros políticos locales más sobresalientes.

c) La dolarización de la economía en el año 1999 inició un *boom* inmobiliario en la ciudad, que se ha extendido hasta la actualidad. Al inicio la inversión inmobiliaria se convirtió en una respuesta de las clases medias a la desconfianza en el sistema financiero, pues resultó una forma de no perder el ahorro que el sistema bancario había pulverizado (Vera, 2012; Ospina, 2010). En el caso de las clases media-baja y baja —que subsistieron a partir de las remesas de familiares que salieron en busca de empleo a países como España, Italia y Estados Unidos—, optaron por destinar estos recursos a la compra, construcción y ampliación de vivienda, como una manera de compensar materialmente el costo social de la desintegración familiar, producto de la empresa migratoria (Pinto, 2008; Hernández, Maldonado y Calderón, 2012).

Como se puede deducir de esta síntesis de procesos altamente complejos, la ciudad contemporánea es resultado de transformaciones vertiginosas que van muy por delante de los esfuerzos por dar cuenta de ellos a través de estudios académicos. Respecto a la histórica segregación norte-sur, a pesar de que es claro que la imagen de «ciudad dual» no da cuenta de la configuración de la ciudad actual, no resulta acertada la suposición de la indiferenciación entre ambas zonas. Al contrario, es un tema que amerita de manera urgente reposicionar una agenda investigativa sobre el tema. En tal camino creo que sigue siendo válida la reflexión acerca de la desigualdad relativa, pues si bien Quito, en cuanto a indicadores

generales, ha logrado la cobertura de servicios básicos como agua potable, alcantarillado y electricidad (Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2011), el valor del suelo, por ejemplo, mantiene asimetrías muy significativas, lo que genera nuevos procesos segregadores.

A su vez, el desarrollo del sur está condicionado por varios equipamientos que, pese a que son funcionales a toda la ciudad, generan importantes externalidades negativas en su entorno inmediato. Ejemplo de ello son la Planta de Hidrocarburos ubicada en la zona del Beaterio, el paso subterráneo del Oleoducto Transecuadoriano por algunas zonas del sur, el río Machángara —que recoge más del 70 % de las aguas servidas de la ciudad—, el Mercado Mayorista —que sirve como gran centro de acopio y distribución de los víveres que se distribuyen en toda la ciudad— o el Camal Metropolitano —que abastece de gran parte de la carne que se consume en Quito. Igualmente en el sur se mantiene funcionando la mayor zona industrial activa de la ciudad, con los correspondientes problemas de contaminación ambiental que genera. Es importante pensar que estos equipamientos son de alguna forma útiles para toda la ciudad, pero que, sin embargo, generan externalidades negativas (como contaminación, ruido o aglomeración) emplazadas en el sur y que, como el área no tiene equipamientos que compensen estas externalidades, se incide en el valor del suelo.

Ahora bien, el desarrollo comercial de la zona sur en las últimas décadas ha sido uno de los principales generadores de cambios en el paisaje urbano actual. Los más grandes centros comerciales de la ciudad se ubican ahora en esta zona (aunque no son los de mayor estatus). Por esto varias voces señalan el fortalecimiento de clases medias con alto poder adquisitivo asentadas en dicha zona, aunque no existan datos empíricos que lo demuestren.

Para cerrar la exposición sobre la complejidad de las dinámicas actuales de implantación de diferencias sociales en el territorio, es importante un trabajo conceptual sobre la noción de segregación (y, sobre todo, acerca de las metodologías para establecer si este proceso se produce, y

con qué intensidad); sobre el esclarecimiento de las variables que indican homogeneidad social, y, finalmente, acerca de la precisión de lo que se considera un *clúster*, en el que predominan ciertas características socioeconómicas. En los trabajos reseñados de los años ochenta que establecen el diagnóstico de una ciudad segregada, bajo la idea del establecimiento de zonas «heterogéneas entre ellas y homogéneas en su interior», se simplifica ampliamente esta característica a una o dos variables, como valor del suelo o dotación de servicios. Por su parte, la bibliografía que aborda el tema de manera indirecta introduce variables económicas —como ingresos, remesas, capacidad de endeudamiento de las familias adquirentes de vivienda— e incluso, en algunos casos, aparecen factores no tan anclados en lo económico, pero sí en las racionalidades de localización, como el caso de la búsqueda de valores como seguridad o exclusividad. Sin embargo, su alcance territorial reducido no permite deducir con información empírica el proceso de segregación. En la actualidad, los mecanismos para medir condiciones de segregación se han tecnificado ampliamente, como se puede apreciar en los trabajos de Francisco Sabatini (Sabatini *et al.*, 2010), lo que sin duda debe tomarse en cuenta en una agenda renovada de estudios sobre el tema.

### La persistencia del imaginario dual

En el año 1975 se inauguró en Quito la estatua llamada «Virgen del Panecillo», un monumento de 41 metros de altura, réplica de la «Virgen de Legarda», escultura emblemática de la Escuela Quiteña de arte colonial. Es particularmente interesante la significación que ha adquirido la ubicación de esta estatua, pues ha dado origen a una mitología sustancial de la segregación social en la ciudad. Esto, porque sobre ella se teje una interpretación altamente clasista y racista, que afirma que la estatua consagra simbólicamente la separación, pues está de frente al Centro Histórico, encara al norte de la ciudad, y deja a su espalda el sur. Es interesante este hecho, porque ocurre precisamente en el momento en que la configuración de la ciudad alcanza un área de expansión que es catalogada como «metropolitana»,

y que, como se dijo arriba, desdibujó la rígida división entre norte y sur.

No se tiene un estudio certero de la formación de esta interpretación, pero su amplia difusión actualiza permanentemente la historia de la diferencia socioespacial de la ciudad. Naranjo la describe así:

La Dona mostraba su alado frente al norte de la ciudad, dejando su anatomía posterior a la mirada de los pobladores sureños de la misma, quienes en la metáfora ratificaron que esa era otra de las señales, quizás la más grave por su carácter sobrenatural, de las desigualdades que se manifiestan en la ciudad. Esto permite derivar que en el imaginario elaborado por los pobladores del sur de la ciudad está incorporado el criterio de desigualdad social (Naranjo, 1999: 330).

Varios estudios culturales sobre Quito resaltan desde el plano simbólico la importancia de las valoraciones diferenciadas sobre cada zona, en donde es claro que los términos *norte* y *sur* no designan simplemente coordenadas geográficas de ubicación, sino que en su uso connotan fuertemente las jerarquías sociales. Para dar cuenta de esta característica se utilizarán en adelante versalitas (SUR, NORTE) cuando el término haga referencia a características sociales. En general, estos trabajos señalan la persistencia de la asociación del SUR con la pobreza, lo popular, el atraso, la falta de servicios, el abandono, mientras que el NORTE es asociado con la riqueza, lo moderno, el consumo, la belleza, la comodidad y el lujo<sup>2</sup>. Los referentes aludidos en nota no se limitan a constatar la diferenciación simbólica de las dos zonas, sino que aportan reflexiones respecto a los efectos en los mapas mentales de la población. Sobre todo en el caso del libro *Quito imaginado*, se identifican las emociones que impregnan esta división. En palabras de los autores:

Esas fronteras deparan en el desconocimiento del otro e incluso en el racismo: quienes viven en el norte adjetivan al sur con desprecio: feúcho, no moderno, marginal, a la vez que desconocen su dinámica interna; o quienes vienen del sur piensan en el norte como un lugar moderno pero

«añiado», y también lo definen con desprecio (Aguirre, Carrión, y Kingman, 2005: 20).

Me parece importante resaltar en esta cita la actitud de «desprecio» mutuo que impregna las relaciones entre quienes se identifican con el NORTE y con el SUR de la ciudad, porque introduce un elemento clave para entender la subjetividad que envuelve las construcciones imaginarias sobre las fronteras socioespaciales. El desprecio es una construcción social en la que se pone de manifiesto lo que se considera socialmente valioso, como se formula en la teoría de Axel Honneth (2011). En el caso de grupos sociales, supone reconocer la existencia del «Otro», pero imputándole valoraciones negativas, lo que pone en evidencia el tema del reconocimiento social en las disputas por las clasificaciones sociales, sobre todo si se considera que, en la larga historia de la segregación en Quito, «vivir en el sur es para muchos indicador de un estrato social bajo» (Aguirre, Carrión y Kingman, 2005: 138).

Siguiendo a varios autores, el desplazarse hacia el norte ha sido una señal de ascenso social desde hace varias décadas, lo que demuestra que la dualidad norte-sur se mantiene vívida en el plano de la significación (Aguirre *et al.*, 2005; Ibarra, 1998). Sin embargo, la evidencia empírica de este fenómeno es muy pobre; se lo asume más como sentido común que con datos. Quizás una excepción sea el trabajo de Hernán Ibarra, quien refiere relatos concretos, pero muestra la reflexión que suscitan, antes que los testimonios en sí o el proceso metodológico de analizarlos. No obstante, señala: «Las diversas experiencias personales relatadas se refieren principalmente a un tipo de barrio, donde coexistían clases medias y clases populares. Pero los grupos medios ansían alejarse del barrio como parte de procesos de ascenso social reales o ficticios. La salida hacia el norte de Quito, era un objetivo muy buscado» (Ibarra, 1998: 38).

Finalmente es necesario completar la representación del SUR como lugar de la subalternidad, pero entendida positivamente. El SUR de Quito también se ha configurado simbólicamente

<sup>2</sup> Ver: Aguirre *et al.*, 2005; Ayala, 2008; Córdova, 2005; Naranjo, 1999; Viteri, 2011.

como espacio donde se ha desarrollado la organización social y la autogestión, con el fin de mejorar el hábitat —frente a la discriminación de la política municipal— desarrollando un fuerte capital social a través de redes de solidaridad y reciprocidad (Achig, 1981; Erazo, 2009; Ortiz, 1999). Este tejido social ha permitido el desarrollo no solo de una praxis que produce materialmente el lugar *desde* los habitantes, sino también de una conciencia crítica sobre las desigualdades sociales en la ciudad, que ha desembocado en movimientos culturales con distintas agendas de reivindicación, como el *rock*, el *hip-hop*, el rescate de las culturas prehispánicas, la recreación de festividades populares, entre otras (Simbaña, 2011).

Como ejemplo paradigmático de este sentido reivindicativo, varios colectivos de artistas del SUR reclaman ser auténticos referentes de la crítica social a través de la música, el baile, la poesía o el grafiti, en tanto consideran que experimentan vívidamente las penurias de vivir en el sector desfavorecido de la ciudad. Es así que se construye un sentido de afirmación asentada en la localización, en «ser del sur» como un lugar de enunciación que no solo dota de autenticidad a las creaciones, sino que es usado para cuestionar las expresiones «del NORTE», en tanto son desacreditadas por asumir que provienen de autores que ostentan varios privilegios sociales<sup>3</sup>.

La vigencia de la oposición entre NORTE y SUR, más allá de su realidad fáctica, es generalmente interpretada como un fenómeno característico de las construcciones imaginarias. La reflexión de Kingman al respecto resulta elocuente:

Muchos de esos esquemas mentales continuaron reproduciéndose hasta la actualidad: las ideas de que los indios están ubicados fuera de la ciudad, que llegan de lejos y nunca forman parte de ella. O esa noción, no menos frecuente, de que Quito está formada por dos ciudades, la civilizada y la bárbara, cuyas fronteras se ubican justamente ahí donde estuvieron las antiguas quebradas. Ni siquiera el trolebús, que cruza la ciudad de norte a sur, hace que los norteños avancen más allá de esos límites geográficos (Kingman, 2006: 178).

Si bien este planteamiento tiene asidero, corre el riesgo de interpretarse en un sentido «culturalista», es decir de incurrir en el sesgo del estudio de los fenómenos culturales aislados de las conexiones con los procesos económicos, políticos y, en este caso, territoriales. En el plano de los estudios sobre imaginarios urbanos, este sesgo se ha traducido en una agenda de investigación desligada de las problemáticas que ha conllevado el neoliberalismo en las ciudades latinoamericanas, como señalan varios autores (Hiernaux, 2007; Gorelik, 2014).

Con esta precaución, siguiendo las pistas que arrojan los trabajos que muestran la latencia de la oposición entre NORTE y SUR en el plano de las disputas sociales, vale la pena preguntarse: ¿La vigencia de la oposición entre norte y sur responde a la herencia del proceso segregativo clásico o se asienta sobre una reformulada base material? ¿Qué sentido tiene la narrativa de la oposición entre ambas zonas en las disputas sociales actuales? ¿El sentimiento de desprecio mutuo que impregna esta narrativa expresa un conflicto histórico aún latente sobre la estratificación social?

Dentro del análisis de temas relacionados con la dinámica cultural de la ciudad, desde los años noventa se vislumbra la problemática de la identificación con la ciudad como un referente de cohesión social. En esta dirección aparecen algunas ideas sugerentes en las publicaciones *Quito, un caleidoscopio de percepciones. Midiendo la calidad vida* (Verdesoto, 2009b) y *Quito, identidad, innovación y competitividad* (Chiriboga, 2009), elaboradas en el Instituto de la Ciudad. Estos trabajos plantean que los elementos identificatorios son imprescindibles para la integración social en Quito y que constituyen una meta de la administración municipal. Un aporte significativo que cruza estas investigaciones es el análisis sobre la percepción de los quiteños mediante las condiciones materiales de la ciudad y las prácticas ciudadinas. Así, a través de los datos de una encuesta, se presenta una reflexión sobre la manera en que la población se identifica y se vincula con la

<sup>3</sup> Ver: Ayala, 2008; Burneo, 2008; Viteri, 2011; Villegas, 2014.



ciudad, en donde se constata que el nivel de pertenencia e integración de los quiteños está relacionado con las oportunidades y posibilidades que tienen para acceder a los servicios que ofrece la ciudad: educación, salud, ocupación e infraestructura habitacional, entre otros más. Así, frente a la interrogante de sentirse identificado con la ciudad, los datos obtenidos muestran importantes diferencias en cuanto a nivel socioeconómico, identificación étnica, edad y género. No obstante, llama la atención que los datos arrojen también diferencias por administraciones zonales. Como señala Verdesoto, «la administración zonal Norte presenta el más alto nivel de identificación (76%) mientras que la administración Quitumbe, en el sur, el más bajo (60%). Mientras que el sector Centro y la administración zonal Centro presentan los porcentajes de identificación más altos con la ciudad (81%)» (Verdesoto, 2009: 139).


Estos datos abonan a pensar que las desigualdades materiales de la ciudad se expresan simbólicamente de diversas maneras, como puede ser asumiendo la localización en el SUR como *locus* de enunciación, para rechazar dichas desigualdades, o como un menor sentido de identificación con la ciudad: una suerte de falta de afirmación en la idea de «quiteñidad» hegemónica. A partir de estos procesos culturales, no solo que se da sentido a los procesos materiales, sino que repercuten también en la producción material del espacio, siguiendo los aportes teóricos de la geografía humanista (Lindón, 2012). Por ende, una agenda de investigación sobre segregación debe atender igualmente el estudio de las fronteras simbólicas que dividen y estructuran muchas de las prácticas de los habitantes de la ciudad.

## Algunas conclusiones

En primer lugar se puede decir que existe una importante bibliografía especializada, que documenta fehacientemente la génesis histórica de la segregación clásica de Quito en la que se

oponen el norte con el sur, y en donde, como principales actores de este proceso, se ubican la política municipal y el mercado inmobiliario. A pesar de que actualmente no se pueda caracterizar a la ciudad como dual, en tanto las fronteras *intraurbanas* se han complejizado profundamente, queda latente esta división, en tanto la población de mayores ingresos se mantiene fuertemente emplazada en el centro-norte y se extiende hacia los valles periféricos, en lugar de reubicarse en la ciudad consolidada.

En segundo lugar, la persistencia de un imaginario dual sobre la ciudad lleva a definir las nociones de NORTE y SUR como lugares figurativos, antes que como zonas geográficamente delimitadas. Esto no implica una desvinculación total de referencias territoriales para su establecimiento, pues la asociación del NORTE con los privilegios sociales y el SUR con la subalternidad se constituye también en torno a lugares específicos y características espaciales diferenciadas. Así, en términos de construcción simbólica, el NORTE logra mantener su representación como lugar de las elites y las clases medias, con posibilidades de movilidad social, en donde la pobreza que lo circunda es invisibilizada en la representación. Mientras tanto, en el SUR prima su asociación con la subalternidad, incluso pese a que alberga una gran heterogeneidad social, incluyendo clases medias con un importante poder adquisitivo.

En tercer lugar, se puede plantear la necesidad de una agenda renovada de investigación sobre el tema de la segregación, en tanto la producción académica contemporánea ha desatendido fuertemente el tema, pese a que las lógicas de emplazamiento de los grupos sociales son uno de los principales motores de la dinámica urbana. Esta agenda debe contemplar los abordajes culturales, para comprender los imaginarios en los que se asientan las representaciones de las fronteras *intraurbanas*. La complementariedad de este enfoque habrá de permitir una comprensión no solo de la estructuración de la ciudad, sino también de la forma en que esta es vivida por los habitantes de Quito. 

## Bibliografía

- Achig, Lucas 1981 *El proceso urbano de Quito. Un ensayo de interpretación* (Quito).
- Aguirre, Milagros; Carrión, Fernando, y Kingman, Eduardo 2005 *Quito imaginado* (Bogotá: FLACSO/Taurus/Universidad Nacional de Colombia/CAB).
- Ayala, Pablo 2008 *El mundo del rock en Quito* (Quito: Corporación Editora Nacional/Instituto de Estudios Avanzados).
- Bourdieu, Pierre *et al.* 1999 *La miseria del mundo* (Buenos Aires: FCE).
- Burneo, Nancy 2008 *Agrupaciones juveniles y co-creación cultural: historia del hip-hop en Quito* (Quito: PUCE) Tesis de licenciatura.
- Capello, Ernesto 2009 «Identidad colectiva y cronotopos del Quito de comienzos del siglo xx» en Kingman, Eduardo (comp.) *Historia social y urbana. Espacios y flujos* (Quito: FLACSO-Ecuador/Ministerio de Cultura).
- Carrión, Fernando 1987 *Quito, crisis y política urbana* (Quito: El Conejo/CIUDAD).
- Carrión, Fernando 2004 «Los centros históricos en la era digital» en *Íconos: revista de Ciencias Sociales* (Quito) 20.
- Carrión, Fernando 2012 «La forma urbana de Quito: una historia de centros y periferias» en *Bulletin de L'Institut d'Études Andines* (Lima) 41.
- Chiriboga, Manuel 2009 *Quito, identidad, innovación y competitividad* (Quito: Corporación Instituto de la Ciudad).
- Córdova, Marco 2005 *Quito: imagen urbana, espacio público, memoria e identidad* (Quito: TRAMA).
- De Maximy, René 1992 «Jerarquización socio-económica del espacio quiteño» en De Maximy, René (dir. científico) *Atlas Infográfico de Quito: socio-dinámica del espacio y política urbana* (Quito: IGM/IPGH/ORSTOM).
- Erazo Espinosa, Jaime 2009 *Los intramuros: Ciudad adentro, mercado al centro, vivienda adentro* (Quito: FLACSO-Ecuador) Tesis de maestría.
- Gorelik, Adrián 2002 «Imaginarios urbanos e imaginación urbana: Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos» en *EURE* (Santiago) vol. 28, n.º 83 en <[http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0250-71612002008300008&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612002008300008&lng=es&tlng=es)> acceso 15 diciembre 2014.
- Hernández, Katty; Maldonado, Mónica, y Calderón, Jefferson 2012 *Entre crisis y crisis: experiencias de emigración y retorno. El caso de los barrios populares del nororiente de Quito* (Quito: Abya-Yala/Centro de Planificación y Estudios Sociales/Cooperativa FONVIDA).
- Hiernaux, Daniel 2007 «Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos» en *EURE* (Santiago) vol. 33, n.º 99 en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19609903>> acceso 15 de diciembre de 2014.
- Honneth, Axel 2011 *La sociedad del desprecio* (Madrid: Trotta).
- Ibarra, Hernán 1998 *La otra cultura. Imaginarios, mestizaje y modernización* (Quito: Marka/Abya-Yala).
- Kingman, Eduardo 2006 *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940: higienismo, ornato y policía* (Quito: FLACSO-Ecuador/Universitat Rovira i Virgili).
- Kingman, Eduardo 2004 «Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura» en *Íconos: revista de Ciencias Sociales* (Quito) 20.
- Lindón, Alicia 2012 «La concurrencia de lo espacial y lo social» en De la Garza Toledo, Enrique & Leyva, Gustavo (eds.) *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales* (México D. F.: FCE/UAM Iztapalapa).
- López, Noemí 2012 *Nayón: entre lo rural y lo urbano: segregación socioespacial y conflictos entre pobladores* (Quito: FLACSO-Ecuador) Tesis de maestría.
- Municipio del Distrito Metropolitano de Quito 2011 *Estadísticas censales 2010 para el DMQ. Secretaría General de Planificación* (Quito: Secretaría de Planificación del MDMQ).
- Naranjo, Marcelo 1999 «Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito» en Salman, Ton y Kingman, Eduardo (eds.) *Antigua modernidad y memoria del presente: culturas urbanas e identidad* (Quito: FLACSO-Ecuador).
- Nemtseva, Galina 2011 *Proceso de desarrollo urbano de la parroquia de Cumbayá* (Quito: FLACSO-Ecuador) Tesis de maestría.
- Ortiz, Santiago 1999 «La propiedad, un sueño realizado: Relato oral de los pobladores de La Argelia» en Salman, Ton & Kingman, Eduardo (eds.) *Antigua modernidad y memoria del presente: culturas urbanas e identidad* (Quito: FLACSO-Ecuador).
- Ospina Lozano, Oscar Raúl 2010 «Dolarización y evolución del sector de la construcción en el Ecuador: algunos rasgos generales» en *Dolarización y desarrollo urbano. Mercado de vivienda nueva en*

Quito (Quito: Abya-Yala/FLACSO-Ecuador).

Peña, Luis 2011 *Algunos elementos metodológicos para pensar espacialmente en ciencias sociales* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia/CIDS).

Pinto, Vanessa 2008 *Migración, remesas y vivienda: una mirada desde las administraciones zonales Eloy Alfaro y Calderón del Distrito Metropolitano de Quito* (Quito: Centro de Investigaciones CIUDAD).

Sabatini, Francisco *et al.* 2010. *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas. Análisis censal 1982-2002* (Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile/Instituto Nacional de Estadísticas).

Salgado, Mireya 2004 «Museos y patrimonio: fracturando la estabilidad y la clausura» en *Íconos: revista de Ciencias Sociales* (Quito) 20.

Santillán, Alfredo 2012 «Quito: Metrópoli imaginada y diversidades en tensión» en Jara, Holguer *et al.* (2012) *Kítu. Territorio solar en la mitad del tiempo* (Quito: Gobierno Autónomo Descentralizado de Pichincha).

Silva, Armando 2014 *Imaginarios, el asombro social* (Quito: CIESPAL/Universidad Externado de Colombia).

Simbaña, Freddy 2011 *La Yumbada de la Magdalena y su violencia ritual* (Quito: FLACSO-Ecuador) Tesis de maestría.

Unda, Mario 1992 «Quito, o las dos caras de Dios» en *Ciudad Alternativa* (Quito) 8.

Vera, María Pía 2012 *Más vale pájaro en mano: crisis bancaria, ahorro y clases medias* (Quito: FLACSO-Ecuador/Abya-Yala).

Verdesoto, Luis 2009a «Identidad y cohesión social en Quito» en Verdesoto, Luis (dir.) *Quito, un caleidoscopio de percepciones. Midiendo la calidad de vida* (Quito: Instituto de la Ciudad de Quito).

Verdesoto, Luis (dir) 2009b *Quito: un caleidoscopio de percepciones. Midiendo la calidad de vida* (Quito: Corporación Instituto de la Ciudad).

Villegas, Marialina 2014 *Graffiti y street art como prácticas corporales* (o de cómo la experiencia de la ciudad pasa por el cuerpo): *La Floresta y Chillogallo* (Quito: FLACSO-Ecuador) Tesis de maestría.

Viteri, Juan Pablo 2011 *Hardcore y metal en Quito siglo XXI* (Quito: FLACSO-Ecuador/Abya-Yala).

